

PERSPECTIVAS

DE LA

HISTORIOGRAFIA

CONTEMPORANEA

SEPTENTENTAS

Ciro Flamarion S. Cardoso/Héctor Pérez
Brignoli/Marc Bloch/Eugene D. Genovese/
Vitorino Magalhães Godinho/Emmanuel
Le Roy Ladurie/Georges Duby/Pierre Vilar/
Gino Luzzatto

Perspectivas de la historiografía contemporánea

Recopilación de *Ciro F. S. Cardoso* y
Héctor Pérez Brignoli

Traducciones de *Ciro F. S. Cardoso*,
Diego Sandoval Espinosa y
Reyna Pastor de Togneri

2. El método comparativo en historia*

Marc Bloch

I. La palabra comparación

LA HISTORIA de la palabra, que pertenece a la lengua usual, no importa aquí. Su significación, en sus modos generales de empleo, no ofrece dificultades. Podemos utilizar la definición del *Diccionario general* de Hatzfeld y Darmsteter, análoga en el fondo a la del Littré, pero más detallada y más precisa: "Comparar: aproximar dos o varias cosas para determinar sus puntos de semejanza y de diferencia". Esta fórmula tiene el mérito —que como veremos no es despreciable—, de insistir a la vez sobre la percepción de las diferencias y de las similitudes.

Resulta evidente que la comparación, así comprendida, es inherente a casi todo conocimiento. Lo importante, en un vocabulario histórico, es llegar a determinar cómo tal operación del espíritu, al mismo tiempo esencial y banal, pudo originar en las ciencias humanas un método cuya aplicación es muy precisa: el método comparativo. En otros términos, lo que nos preocuparemos en definir, es la comparación histórica.

* Traducción de Ciro F. S. Cardoso de la ponencia presentada por Marc Bloch a la sección histórica del Centre International de Synthèse el 8 de enero de 1930, y publicada en la *Revue de Synthèse Historique*, tomo XLIX, París, 1930, pp. 31-39.

II. *El desarrollo del método comparativo*

Entre todas las disciplinas cuyo objeto común es el estudio del hombre en sociedad, fue sin duda alguna la lingüística la primera que elevó la comparación, originariamente del todo instintiva, al rango de un método razonado. Aun hoy, se trata de la única de esas ciencias respecto a la cual se puede decir que la mayor parte de su esfuerzo está fundamentado en dicho método. Hay varias razones que lo explican. De todas las instituciones humanas, las lenguas son las más fácilmente abordables (aunque su observación ofrece tal vez más dificultades de lo que sospechaban los antiguos lingüistas, demasiado inclinados a olvidar que los hechos reales del lenguaje sólo nos son conocidos por su reflejo en espejos harto imperfectos: textos literarios, descripciones teóricas como las gramáticas, la misma escritura). Se presentan, sobre todo cuando se trata de lenguas de civilización, fijadas por una tradición bastante imperiosa, como sistemas muy específicos y nítidamente aislados unos de otros; fáciles, en consecuencia, de comparar entre sí. En fin, el señor Meillet, entre otros, ha insistido fuertemente sobre este último rasgo —las notaciones del lenguaje son, por regla general, puramente arbitrarias: no hay una razón intrínseca como para que “bello” exprese la belleza, y “feo” la fealdad. El número de combinaciones de esa especie es, en la práctica, más o menos ilimitada, por lo que aparece claramente que las concordancias lingüísticas no pueden, salvo muy raramente, explicarse por el azar; casi todas deben ser interpretadas como la prueba, ya sea de influencias recíprocas, o de un origen común; ahora bien, veremos que durante mucho tiempo la lingüística comparada se ha ocupado sobre todo en retrazar las filiaciones de las lenguas.

Después de la lingüística, es el estudio de las sociedades llamadas primitivas el que, durante las últimas décadas, parece haber empleado la comparación en forma más amplia y útil. Y a su lado, el estudio de los fenómenos que, en un cierto sentido, podemos igualmente llamar “primitivos”: las tradiciones populares. Igualmente en este caso, la sencillez relativa —por lo menos aparente— de los hechos observados facilitó seguramente la aplicación del método. Agreguemos, en cuanto a las sociedades poco evolucionadas de pueblos lejanos, un elemento de orden más bien subjetivo: la ausencia de las preocupaciones nacionales que, cuando se trataba de civilizaciones más cercanas a nosotros, tan frecuentemente impidieron a los científicos la observación más allá de las fronteras políticas.

No cabe duda que hoy día se vislumbra un fuerte movimiento en el sentido de extender el método comparativo a fenómenos humanos y sociales cada vez más complejos. Se ha intentado brillantemente crear una filosofía comparada. Toda una escuela de literatura comparada ha nacido; a veces, para decir la verdad —por lo menos en el caso de algunos de sus representantes, pero seguramente no de todos ellos—, demasiado exclusivamente dispuesta a reducir las investigaciones comparativas al estudio de las influencias, que es apenas uno de sus aspectos. Se han llevado a cabo intentos en diversas partes, en el sentido de aplicar el mismo método, más o menos adaptado, a la historia política, del derecho, de la economía y de la estructura social. La actitud de un sabio como Henri Pirenne, ilustrada por una obra de historia nacional, es en esto extremadamente significativa; lo es también la evolución de un establecimiento como el Instituto para el Estudio Comparativo de las Civilizaciones, de Oslo, que después de haber partido sobre todo de preocupaciones lingüísticas y etnográficas, consagró el año pasado sus con-

ferencias a la historia agraria. Ahí tenemos una razón más para que nos esforcemos en el sentido de definir el método comparativo con alguna precisión.

III. *La comparación histórica y sus diversas formas*

No será tal vez demasiado paradójico decir que, para un historiador —yo tomo tal palabra en su sentido amplio—, la primera idea evocada por la expresión “método comparativo” es la de una diferencia, una diferencia entre dos sistemas sociales. Cuando, para establecer la veracidad de un acontecimiento del pasado, confronto las diversas narraciones que de él se hicieron; cuando, según la idea genial de Mabillon, para poder criticar con seguridad la autenticidad de un documento “diplomático”, busco saber si presenta las mismas características que las actas salidas de la misma cancillería; cuando, en fin, para describir la evolución industrial de la Francia contemporánea, estudio concurrentemente el desarrollo de varias empresas, la operación mental a que me dedico es del campo de lo que el lenguaje común llama comparación. Ningún historiador, sin embargo, hablará en ese caso de historia comparada. Mas tal expresión se le ocurrirá inmediatamente, si me ve buscar, en las diversas cancillerías de la alta Edad Media, la influencia de una tradición romana —o helenística— común, o si me esfuerzo en el sentido de establecer en qué puntos la curva del desarrollo industrial francés reproduce la de los desarrollos inglés o japonés, y cómo se distingue de éstos. Claro está que los fenómenos tomados de conjuntos diferentes, que elijo para abarcar de una misma mirada, deben presentar entre sí analogías de naturaleza; si no, mi trabajo ya no tendría sentido. Practicar el método comparativo en el

marco de las ciencias humanas consiste, pues —retome-mos, precisándola, la definición del *Diccionario General*—, en buscar para explicarlas, las similitudes y las diferencias que ofrecen dos series de naturaleza análoga, tomadas de medios sociales distintos.

En la elección de dichos medios reside el contraste esencial entre dos aplicaciones del método que sólo la lingüística, tal vez, alcanzó a distinguir claramente, bajo los nombres de lingüística general y lingüística histórica. Los diversos sistemas sociales y sus instituciones propias se dejan fácilmente clasificar en grupos más vastos, dentro de los cuales reina una cierta unidad. El “comparativista” puede mantenerse, conscientemente, en el interior de uno de esos grupos; puede, también, de manera igualmente voluntaria, pasar de uno a otro. En los dos casos, obtendrá resultados muy distintos en su naturaleza. Los dialectos de la lengua *d'oïl* forman un grupo lingüístico, que es el francés; el francés, el italiano, el rumano, pertenecen al grupo neolatino; el latín, el griego, el sánscrito, al indoeuropeo. Los diversos derechos inscritos en las “leyes bárbaras” dependen de una misma civilización jurídica, que podemos llamar germánica. Las diversas formas presentadas por las relaciones de vasallaje y feudales, en Europa occidental y central en la Edad Media, expresan necesidades e ideas que se extendían a todo un grupo de sociedades. Los rasgos semejantes de esas diversas series tomadas de medios próximos, sincrónicos o emparentados, deben ser explicados, algunas veces por un mismo origen, otras veces por influencias recíprocas, otras veces aun por analogías en el desarrollo que explican las analogías profundas en la estructura de los sistemas en cuestión. Pero las similitudes que podemos descubrir entre un rasgo fonético dado del francés y, supongamos, del bantú; la presencia de un mismo sistema de venganza

familiar y de composiciones pecuniarias entre los francos salios, por una parte, y los mongoles por otra parte; la observación en el Japón de relaciones "feudales" que evocan, en cuanto a ciertos puntos, las que tenían vigencia en la Francia medieval, tienen un alcance de otro tipo. Tales similitudes no muestran la existencia, entre los dos sistemas observados, de estrechas relaciones de filiación o interdependencia, o aun similitud genérica, sino, más sencillamente, la tendencia del espíritu humano a reaccionar, en circunstancias análogas, de manera más o menos parecida. De las dos formas del método, no es la que tiene el horizonte más voluntariamente limitado la menos capaz de resultados ricos y variados; pero ambas son igualmente legítimas y útiles, bajo una condición: saber no confundirlas.

Supongamos que se trate ahora de delimitar cada uno de los diversos sistemas sociales que serán escogidos como objetos de la comparación. Muy a menudo, y cualquiera sea la naturaleza propia de los hechos estudiados, los historiadores se limitan a sistemas definidos únicamente por caracteres de orden político; se tratará, por ejemplo, de comparar la ciudad medieval "en Francia" y "en Alemania". Dejemos de lado el error grosero, muy común sin embargo, de contentarse con las fronteras actuales. Supongamos que se entiende por Alemania o por Francia, digamos, las del siglo XII (en realidad, podemos legítimamente preguntar si el segundo término tenía en el siglo XII un contenido análogo al que le atribuimos hoy día; y si el primero tiene algún contenido que no sea exclusivamente cultural: políticamente, habría que decir Imperio, o Imperio cisalpino, pero consideremos, por hipótesis, que tales dificultades están resueltas). Aun habiendo procedido a tales rectificaciones, subsistirá el error de aplicar a fenómenos de género totalmente distinto, cri-

terios sacados de los hechos políticos, lo que significa concederles, más o menos inconscientemente, una especie de primacía no justificada de derecho. En el ejemplo que nos ocupa, seremos llevados a considerar como dependientes de grupos fundamentalmente distintos Beauvais, por una parte, Cambrai (situada en el Imperio), o aun Colonia, por otra parte, que visiblemente pertenecen a un mismo tipo, episcopal y mercantil; o Brujas y Lübeck, colonias de negociantes que tantos rasgos aproximan; al mismo tiempo, y bajo pretexto de la pertenencia común a un mismo Estado o a una misma nacionalidad, seremos conducidos a dejar en la oscuridad la antítesis, tan evidente sin embargo, que separa las ciudades del norte o del centro de las viejas ciudades, los viejos *Oppida* de la región mediterránea. Bien practicada, la historia comparativa varía, por el contrario, el agrupamiento de las diversas series consideradas, para constituir con ellas conjuntos provistos, gracias a señales observadas en los hechos mismos, de una verdadera unidad interna; y esa renovación de los marcos de análisis es una de sus mayores ventajas.

IV. *Los resultados del método comparativo*

Algunos de los resultados que podemos esperar del método comparativo pertenecen a ambas formas; otros, sólo a una de ellas. Para simplificar —en una enumeración que infelizmente no podrá evitar un aspecto demasiado escolástico—, los voy a examinar aquí de un tirón, sin dejar de hacer las reservas que se impongan.

1. *Sugerencias de investigaciones.* Ciertos fenómenos, por razones de orden puramente documental, o debido al relieve muy vivo de sus efectos inmediatos, son en una

sociedad dada extremadamente evidentes; en otros medios —del tipo análogo, o muy distinto—, fenómenos cuya naturaleza es parecida, sin haber sido tal vez menos decisivos, tuvieron una acción más sorda y un curso menos visible. La comparación incita a descubrirlos.

2. *Explicación de las supervivencias, interpolación de las curvas.* Puede pasar que, en una sociedad, un hecho presente ciertas características extrañas debido a su falta de armonía con el tono general de la vida social. Por ejemplo el asesinato ritual de Nemi.¹ Es que ese rasgo, vuelto ininteligible porque está aislado de otros rasgos semejantes, constituye una supervivencia. En la sociedad de que se trata, el conjunto de instituciones de que había salido y la mentalidad que las sostenía desaparecieron sin dejar huellas en los documentos. Pero en otras civilizaciones, muchas veces bien lejanas, fenómenos casi iguales aparecen claramente, y en todo su contexto natural. La comparación permite suponer que el “testimonio” —en el sentido geológico de la palabra—, cuyo carácter extraño nos intrigaba, tuvo un origen análogo al de sus congéneres. De manera general, la comparación ayuda a interpolar las curvas, a encontrar, por analogía, los eslabones que faltan entre los diversos elementos de series evolutivas que la insuficiencia de nuestros conocimientos hacía parecer discontinuas. Éste es, tal vez, el mayor servicio que haya prestado el estudio comparativo de las civilizaciones primitivas, principalmente en lo que atañe a nuestra comprensión de las sociedades llamadas clásicas, que la tradición literaria tendía a aproximar demasiado a

¹ El sacerdote de la *Diana Nemorensis* (Diana de los bosques), en su templo del Lago Nemi, en el Lacio, era asesinado ritualmente al envejecer: su sustitución por otro más joven y más fuerte, garantizaba la fecundidad perpetua de la divinidad que servía. (Nota del traductor).

nosotros (se trata pues, de una comparación a larga distancia, fuera de grupos bien definidos). Comprenderíamos seguramente mucho peor la *gens* romana, o el *genos* griego, si no conociéramos los "clanes" australianos o americanos. Pero es importante señalar que la comparación, tomada en ese sentido, sugiere más que explica del todo. Si está en juego una supervivencia, el hecho mismo de la conservación, aparentemente singular, de la institución, merece que se busque la razón de ello en el mismo medio que la conservó. La mayor prudencia se impone en la interpolación. Los poderes de curación que durante la Edad Media y aun bastante más tarde eran atribuidos a ciertos soberanos europeos, se volvieron mucho menos inexplicables desde que la etnografía permitió reconstruir la atmósfera psicológica en la cual se desarrollaron otras creencias análogas. Mas el hecho, en cuanto tal, no podría ser asimilado, sin más, al tipo de las sociedades primitivas, pues surgió en pleno siglo x en una sociedad mucho más evolucionada.

3. *Investigación de las influencias.* Inútil insistir, salvo para llamar la atención, sobre algunas reglas de prudencia. Es necesario rechazar las falsas concordancias, que no son más que coincidencias fortuitas; los lingüistas nos han enseñado que es un puro azar que *bad* signifique malo en inglés al igual que en persa; que *mati* en griego moderno signifique ojo, y en polinesio *mata* quiere decir ver; las otras ciencias del hombre conocen trampas semejantes; sobre todo, hay que eliminar —lo que es aún más delicado— las similitudes que nacen, no de influencias sino de simples semejanzas en el desarrollo.

4. *Filiación.* La determinación de las genealogías de lenguas fue el primero y mayor triunfo de la lingüística comparativa, bien servida por las características mismas del lenguaje, que señalaba más arriba, y además maravi-

llosamente auxiliada por el espectáculo de una filiación que aparecía con plena claridad histórica: la de las lenguas neolatinas. Los otros hechos sociales, no tan definidos, susceptibles principalmente de todo tipo de mezclas entre los diversos sistemas, ofrecen menos facilidades a ese género de investigaciones. Sería quizá exagerado decir que lo rehusan absolutamente. El estudio de ciertas técnicas y costumbres —como los que caracterizan los diversos regímenes agrarios— parece capaz de revelar, entre grupos separados desde hace mucho tiempo por diferencias políticas y aun culturales profundas, parentescos insospechados.

5. *Similitudes y diferencias de desarrollo. La búsqueda de las causas.* Al considerar una única serie, en un único sistema social, el historiador corre siempre el riesgo de atribuir un valor explicativo muy exagerado a ciertos hechos que en realidad son de alcance mediocre. Volviendo a encontrar, en un sistema próximo, un desarrollo semejante, pero sin la presencia de lo que antes se supuso eran las causas, eliminará más fácilmente las falsas relaciones causales y conservará las verdaderas, las que, en todas partes, se encuentran en la raíz de los mismos efectos. Sería vano explicar, apoyándose en hechos específicamente ingleses, los intentos hechos desde el siglo xvi por los señores de los dominios, en el sentido de acaparar las tierras de sus campesinos dependientes, ya que los mismos esfuerzos pueden ser observados en toda Europa occidental y central; su origen tiene que ser ubicado, muy evidentemente, en un fenómeno general europeo, probablemente la doble baja de las rentas monetarias (devaluación de las monedas, disminución del poder adquisitivo de los metales preciosos).

Pero al lado de las similitudes, hay que considerar las diferencias. El ejemplo mismo que acabo de citar las pone

en evidencia, pues si el esfuerzo de los señores fue unánime, los aspectos que él presentó y sobre todo su éxito, fueron variables en los distintos sistemas sociales. Frecuentemente, bajo similitudes aparentes, el examen más profundo percibe contrastes. Bajo la palabra nobleza, ¡cuántas nociones divergentes! Un movimiento del mismo sentido puede asumir, a veces, formas cuya oposición revela antítesis profundas entre medios distintos. Hacia el siglo XIII, la sociedad se jerarquiza en Francia y en Alemania, pero según una escala más sencilla en Francia y mucho más compleja en el país vecino. Tal vez la percepción de las diferencias sea, finalmente, el objeto más importante —aunque con demasiada frecuencia el menos investigado— del método comparativo; porque, a través suyo, medimos la originalidad de los sistemas sociales, y podemos esperar clasificarlos un día, y penetrar hasta la médula de su naturaleza.